

La soledad de los supervivientes

Ellos, de las lombrices

Ellos, de las lombrices
permanecen la luz
y lejos de arrastrarse,
se distinguen.
Ellos, de las lombrices
permanecen la luz
mientras por las paredes
atraviesan
una vez y otra vez,
infatigables.
Ellos, de las lombrices
se deslizan
y alados desembarcan
cerca de la humillada primavera.
Ajenos a la voz de los sepulcros
crean
la mitad de su sombra absoluta.
Sin embargo su fe,
más lejos de matarlos,
los redime.
Ellos, de las lombrices
permanecen la luz
de una puesta de sol
irreversible.

Nunca fuera del sol

Nunca fuera del sol,
ni tan siquiera leve,
el guiño de la vida complacido.
Apenas el azar obra su suerte,
brotá tosca la vida
fugada y se conserva
de todos los silencios de la muerte,
como fruta madura
que a tus ojos,
de modo semejante,
de su refugio aflora confiada.

¿Qué fue de tu valor?

¿Qué fue de tu valor?
pero contempla
todo lo que de bello rodea su figura.
Huye del sol,
huye del sol que ante tus ojos cobra
la apariencia de un dios.
Su fatigado orgullo
también fue de la luz
el reto repentino.
Contra los arrecifes de su espalda
estalla.
La espuma de los besos de Judas
merodea.
Oigo el grito de dios,
y sin embargo pienso que respiro,
presiento que respiro
y ante mis ojos quedan,
otra vez aplastados,
los dedos de mis manos,
las hojas de laurel
y las palomas.

Fugadas de la luz

Fugadas de la luz
las ratas del cerebro aparecidas.
¿Quién mueve las montañas?
te preguntas.
¿Quién agita los mares?
¿Quién decide
los hilos de la vida
y de la muerte?
¿Quién sobre ti planea?
¿Quién soporta
la gástrica explosión de tu coraje?
Escápate de dios y del diablo,
que en este laberinto
nadie conoce el paso
que lleva a la razón
o a la locura.
La gloria y la condena
frente a tí,
sólo son el reflejo,
el gesto de tus ojos,
de tus ojos de rata
cobarde y pensativa.

La carroña

Anidan acechantes
allá donde barruntan la carroña.

La luz del mago azul

La luz del mago azul,
la gran batalla.
¿Quién se oculta detrás de la cortina?
Alguien corre sobre el suelo mojado.
La cruz sobre la cruz
del gran cometa,
del tiempo que se fuga.
El norte es el imán
y el sur, vacío,
desolado, desértico, amarillo.
Hijo y madre,
la voz de dos planetas
y el brazo que los une.
¿Acaso no es el tiempo?
El tiempo que se fuga,
como se fuga el cuerpo femenino.
¿Cuántas hembras debe el hombre montar
para sentirse pleno de recuerdos?
¿Para saciar sus ansias de venganza?
¿Acaso sólo una? ¿La prohibida?
Alguien corre.
Alguien corre sobre el césped mojado.
Sobre el césped mojado los amantes
se dan a sus quehaceres,
hasta sentir su vientre satisfecho.
Y yo miro,
y tú, sin pretenderlo,
te imaginas que estoy detrás de la cortina.

La extraña dama

Noviembre, días contados.
La extraña dama frente a mí sentada,
ahora me sonríe.
Lejos de mi seguro refugio confortable
puedo sentir el peso de sus ojos.
Ahora me toca a mí.
Luz y sentencia.
La eternidad me espera al otro lado.
Con gesto suave,
desenlaza el cordón de mi zapato,
después el otro.
Ya no hay nudos
que me aten a la vida.
Con gesto amable,
sin apartar sus ojos de mis ojos,
se ciñe a mi cintura
y desabrocha
la puerta del amor.
Y nace en mis tobillos
un sosegado mar
de pliegues y remansos,
de circunvalaciones.
El último botín entre sus dedos
deja mi pecho
abierto a la caricia.
Frente al espejo queda
mi cuerpo confundido.
Por un instante me contemplo entero
y lo comprendo todo.
Me miro en el espejo,
y al mismo tiempo estoy
en los dos lados.
Soy el reflejo de alguien que se mira,
y ella me ve
como un juguete roto.
Luego apaga la luz.

Todo se apaga.
Noviembre, días contados.
La extraña dama sobre mí cabalga.
Lejos de mi seguro refugio confortable
puedo sentir el peso de su cuerpo.
Ahora me toca a mí.
Me estoy vaciando.
La eternidad me espera al otro lado.
Me acuerdo de sus dos caras de ángel,
y ellos me ven
como un juguete roto.

Ahora que entre las moscas

Ahora que entre las moscas
te contemplo
rodeado de blanco y espesura.
Como del largo vuelo
quien regresa,
desalojado al fin
de cada rasgo.
Preso de la mortaja
te contemplo
rodeado de escamas y amapolas.

Pero después los patos al galope

Pero después los patos al galope
y el envés de sus hojas
migratorias.

El sollozo de Dios
como un rebuzno.

Estruendo salpicado
de glándulas,
de voces
empapadas de luz,
y los atardeceres.

Su planear distante
sobre los insultantes semilleros.

Allí se reproducen
y se extinguen
confundiendo su luz
con las hogueras.

Nos queda su memoria
y el envés de la vida,
las hojas migratorias
y el estallido oscuro de sus alas,
y el rebuzno de Dios
como un sollozo.

Queda la tarde rota
y sólo en el final
se escucha un grito.

Pero después los patos al galope.